

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Marcelino Oreja Aguirre

Quiero en primer lugar agradecer a la Fundación Academia Europea de Yuste que hayan elegido la Academia de Ciencias Morales y Políticas para la presentación de este magnífico libro sobre Europa que recoge los discursos de los premiados con el Premio Carlos V y las entrevistas que actualizan el pensamiento de estas preeminentes figuras del mundo político e intelectual de Europa. Como podrán comprobar, se trata de una magnífica publicación, editada por la Editorial Universitaria Ramón Areces y la Fundación Academia Europea de Yuste, ilustrada con muchas fotografías y que comprende un resumen biográfico de todos los premiados.

Al destacar a las personas que han hecho posible la Academia de Yuste, permítanme que destaque a sus precursores Salvador de Madariaga y su discípulo el profesor José Antonio Jáuregui y el elogio a quienes la han puesto en práctica, el Presidente Rodríguez Ibarra, el actual Presidente, Guillermo Fernández Vara, y un excepcional gestor, don Antonio Ventura, Secretario General de la Fundación.

Y mención especial debo hacer a Sus Majestades los Reyes que desde el primer momento se han interesado por la Academia y por el Premio, a cuya entrega acuden regularmente en Yuste y ponen de relieve la importancia que conceden a la Institución.

En el libro que ahora presentamos debo destacar junto a los entrevistados, a los periodistas que han formulado las preguntas. Como es bien sabido, buena parte del resultado de una buena entrevista son unas buenas preguntas y en este caso han hecho muestra de su competencia y su finura en ese difícil oficio. Quisiera por ello felicitar a Pilar Cernuda, Fernando González Urbaneja, Alfonso Palomares, Sol Gallego, Fernando Jáuregui, Fernando Ónega y Félix Madero por su excelente trabajo.

En cuanto a la selección de los premiados no me parece bien insistir en el acierto de los jurados por haber formado parte de ellos, pero como todos los premios han sido acordados prácticamente por unanimidad sí puedo decir que se han elegido algunas de las personalidades más representativas del escenario europeo de estos últimos treinta años y pienso que esta apreciación será compartida por una inmensa mayoría de europeístas, procedan o no de orígenes institucionales.

En las entrevistas se pone de manifiesto que estos personajes, además de formar parte de la historia de Europa, han contribuido con su experiencia y su visión a descubrir ese “claro del bosque” que tan bellamente nos describe María Zambrano en uno de sus poemas, “un centro en el que no siempre es posible entrar”, que bien puede aplicarse a los temas europeos.

El primero de los premiados ha sido Jacques Delors en 1995, la persona que a mi juicio mejor encarna en nuestro tiempo el ser europeo. En él destaca permanentemente ese desarrollo armonioso de espíritu y voluntad. El espíritu de un humanista y la voluntad que le llevó a lanzar el mercado interior, la moneda única, los fondos de cohesión, el libro blanco sobre el crecimiento, la competitividad y el empleo, es decir, la solidaridad. Y en toda su obra late siempre la idea de reconciliación que fue la que alumbró la Comunidad Europea.

Wilfred Martens fue el segundo receptor del Premio en 1998. Primer Ministro de Bélgica, portavoz en el Parlamento europeo del Grupo Popular y ahora Presidente de ese grupo político. Es también un hombre de conciliación, abierto al compromiso y al diálogo político.

Entendió muy pronto la necesidad de adoptar criterios comunes en temas vitales como la lucha contra el terrorismo. Su contribución a la adopción de la “orden de busca y captura” de terroristas, fue decisiva y su mérito era mayor porque Bélgica había sido uno de los países de acogida y él fue quien rompió aquella espiral con eficacia y determinación.

Otro de los galardonados fue Felipe González, en el año 2000, que ha mantenido una línea inequívoca europeísta, como líder de la oposición, como Presidente del Gobierno y hoy como personalidad muy distinguida en el escenario europeo donde ha presidido el Grupo de Sabios y acaba de informar sobre la estrategia europea en el horizonte 2020. Fue uno de los principales jinetes de lo que se denominó la “galopada europea” de la década de 1985 a 1995. Felipe González tuvo también la visión de los fondos de cohesión que tanto favorecieron a España y fue consciente de la importancia para Europa de apoyar sin reservas a la República Federal de Alemania, primero en su política estratégica, con el despliegue de los misiles de medio alcance frente a las SS-20 soviéticos, y después defendiendo la reunificación de Alemania, mientras otros líderes europeos se colocaban al margen de la historia.

El jurado de los premios tuvo el acierto de concedérselo el año 2002 a Mijail Gorbachov que presidió la Unión Soviética en los años en los que el mundo vivió el cambio más importante de los últimos dos siglos desde el comienzo de la Revolución Industrial.

A partir de 1986 puso en marcha la operación de la Perestroika, una reforma económica que exigía para su realización una política de información a los ciudadanos que les hiciera llegar la imperativa necesidad de cambios en la organización de la sociedad.

En la entrevista que se recoge en este libro, Gorbachov, además de evocar los valores cristianos como aquellos que deben conformar el espíritu europeo, sale al paso de la tentación de división de “vieja” y “nueva” Europa y la necesidad de unir el continente en una casa común. Todo el texto tiene el inmenso valor de mostrar la visión de un hombre decisivo en la apertura a la democracia y que sigue hoy exponiendo sus ideas desde la serenidad de quien ya no tiene responsabilidad directa de gobierno, pero es consciente de su papel en el desarrollo de la democracia y la libertad de su país.

Jorge Sampaio, entonces Presidente de la República de Portugal, fue el Premio correspondiente al año 2004. Sincero amigo de España, el Presidente Sampaio reúne las mejores virtudes de ese gran pueblo amigo, de larga vocación universal, como es el pueblo portugués.

Para Sampaio, el camino para dotar a Europa de un modelo político adecuado debe ser la creación de una Federación de estados-nación, que permita articular la Europa de los estados con la Europa de los Pueblos.

Ante la pregunta de lo que ha significado, cincuenta años después, conmemorar el Tratado de Roma, Sampaio responde: “significa que reforcemos la voluntad de hacer de nuestra Europa una verdadera comunidad de destino, un proyecto político más dinámico, con mayor iniciativa y determinación, con menos bloqueos, desequilibrios y menos aplazamientos.

Una de las ramas altas del escenario europeo del último medio siglo ha sido indiscutiblemente Helmut Kohl, premiado en el 2006. De él dijo Felipe González en su laudatio al serle concedido el Premio, que ha sido un hombre con poder pero también con autoridad y la autoridad es una cualidad moral y, cuando se tiene, es la que pervive cuando ya no se tiene el poder.

Kohl, frente a la resistencia de líderes políticos como Mitterand y Thatcher, logró incardinar la unidad alemana en la unidad política europea y desde entonces se abrió paso el camino de las ampliaciones de la Unión, que ha tenido y tiene

problemas pero no se podía dejar fuera del hogar común europeo a los países arrancados de su historia por el totalitarismo comunista, si respetaban las reglas que impone la Unión europea.

El último de los Premios Carlos V —el del 2008— se ha concedido tal vez a la personalidad más emblemática por su historia y las experiencias personales tan dramáticas que ha vivido: me refiero a Simone Veil, la única mujer galardonada hasta ahora.

Simone Veil ha sido una de las personalidades que a lo largo de toda su vida ha hecho de la defensa de los derechos humanos eje fundamental de su acción política.

En su discurso de investidura en el Parlamento Europeo definió la paz como primer problema para Europa y el resto de las libertades como segunda prioridad. Y ha puesto siempre de manifiesto que tanto los derechos humanos como la libertad tienen una dimensión universal.

En todas sus actuaciones, Simone Veil ha sido un ejemplo de comportamiento democrático, de integridad moral frente al oportunismo, el cinismo y la frustración.

Aunque no figura en esta relación, quiero mencionar a Javier Solana, electo el año 2010 aunque todavía no se le ha hecho entrega del Premio; y que ha sido una de las personas con más influencia en la esfera internacional, tanto en su condición de Secretario General de la OTAN, que gestionó la difícil situación en los Balcanes y la desintegración de la antigua Yugoslavia, como en su papel de Alto Representante para la Política Exterior y Seguridad Común de la Unión Europea.

No quisiera concluir sin unas breves reflexiones personales a la luz de las enseñanzas y experiencias que he recibido de maestros, responsables políticos, funcionarios, a lo largo de cincuenta años, desde mi época de estudiante en la Academia de Derecho Internacional de La Haya,

Lo primero que aprendí en aquellos años de mi formación cuando compartía estudios con un joven profesor y gran maestro del Derecho Internacional y de las Relaciones Internacionales, Juan Antonio Carrillo Salcedo, fue que aquellos hombres y mujeres que estaban forjando entonces el futuro de la Europa comunitaria eran sobre todo personas de buena voluntad que querían acabar con aquel mundo de odios y rencores en el solar europeo y demostrar al mundo que su ideal de paz y de fraternidad podía ser más fuerte que el espíritu de venganza y de odio que había prevalecido en los espíritus.

Fue entonces cuando nació esa Europa que muchos queremos que siga viva, una Europa con unos valores que no puedan ser destruidos nunca más por una guerra civil europea.

Por eso he creído siempre que en los momentos de dificultades y de crisis, como son tan frecuentes en la historia comunitaria, lo importante es conseguir que se compartan las finalidades de Europa entre sus pueblos, volver al espíritu de los Padres Fundadores, recuperar la Política con mayúsculas, conseguir una legitimidad con la adhesión, los valores, los objetivos y los ideales compartidos.

Y se necesita también una voluntad política urgente de los gobiernos para afrontar situaciones de crisis como la que vivimos actualmente.

Hay veces, como se ha dicho estos días, que asistimos a una desesperante improvisación ante una grave situación de crisis económica global.

El Grupo de Reflexión presidido por Felipe González, ha puesto de manifiesto que existe un debilitamiento de la política como factor de regulación del desarrollo económico y social. Hasta ahora los ciudadanos asistían pasivos ante la actuación de las Instituciones pero ahora es distinto, piden más a la Unión Europea, son muy críticos con sus resultados y expresan dudas sobre la legitimidad del proceso europeo.

Por eso es necesario volver a la refundación de la Unión Europea, renovar el pacto de la Unión con los ciudadanos, recordar que si en otros momentos hubo también crisis y dificultades, se consiguieron superar, pero ello exige afrontar con determinación los problemas, no dejarse llevar sencillamente por la inercia, aprovechar las nuevas instancias creadas y la mayor legitimidad de la Unión que ahora cuenta con la activa participación del Parlamento europeo que representa a los ciudadanos de la Unión.

Y que juegue un papel la Comisión europea que es la institución más original que crearon los padres fundadores y que debe representar el interés común europeo y actuar desde su independencia y su legitimidad.

A su vez los gobiernos reunidos en Consejo deben también asumir sus responsabilidades y en ese sentido me parece justo reconocer que en este momento están adoptando decisiones correctas como la que adoptaron junto a la Comisión y con la participación del Fondo Monetario Internacional aportando créditos y avales y planteándose la adopción de una nueva regulación y supervisión financiera que esperamos vea la luz lo más pronto posible.

La crisis ha puesto de manifiesto que la UE necesita reformas estructurales si quiere seguir contando en el concierto internacional a medio y largo plazo.

La Comisión ha propuesto una estrategia para el horizonte 2020 basada en cinco objetivos cuantificables: el empleo, la investigación y la innovación, el cambio climático y la energía, la educación y la lucha contra la pobreza. El Consejo Europeo ha mostrado su acuerdo en sus líneas básicas y ha manifestado que adoptará esta Estrategia en su próxima reunión de junio.

Una pregunta que yo me planteo es la siguiente: la UE con los instrumentos de que dispone en el ámbito económico ¿está preparada para hacer frente a una crisis económica y financiera como la actual y avanzar en un desarrollo sostenible?

La crisis ha demostrado que la Unión Económica y Monetaria adolece de una parte de su enunciado. Como recordaba hace años Jacques Delors, hay una Unión Monetaria pilotada por el Banco Central Europeo para los países de la zona euro pero no hay una unión económica ya que las políticas presupuestarias y fiscales son básicamente responsabilidad de los estados miembros. Es cierto que los países deben cumplir el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, lo cual supone una cierta disciplina fiscal y presupuestaria al fijar como objetivos un déficit público no superior al 3% del producto interior bruto y una deuda pública que no supere el 60%. Sin embargo dicho Pacto se ha mostrado ineficaz y su incumplimiento se ha generalizado por parte de los países. Esta situación conlleva a una inestabilidad del euro en los mercados financieros y a una incertidumbre sobre su futuro.

A mi entender, para hacer frente a los retos a los que se enfrenta la UE no basta con la alusión repetida reiteradamente de reforzar la coordinación de las políticas económicas de los Estados miembros. Se necesita un Gobierno Económico Europeo con poderes de decisión. Soy consciente de las dificultades que ello entraña pues se necesita una cesión de soberanía por parte de los Estados miembros. Sin embargo tal cesión de soberanía ya se dio para crear el euro, lo cual supuso un hito en la integración no solo económica sino también política de la UE.

La realidad económica y social va muchas veces por delante de las voluntades políticas, si se quiere consolidar el euro, hacer viable un desarrollo sostenible y poner a la UE en la vanguardia económica y social de un mundo cada vez más interdependiente se necesita que alguien dirija el proceso. A mi juicio la única opción es que tal liderazgo lo ejerza un Gobierno Económico con poderes de decisión y con la activa participación de la Comisión Europea.

Ésta es hoy por hoy una prioridad de la Unión Europea. No es ciertamente la única.

Lo es también una Europa que controle la emigración, desde el respeto a la diferencia.

Una Europa que se abra a la mundialización y a la libertad económica pero en un marco recíproco.

Una Europa que se oriente hacia el Sur, que tienda la mano a África y al mundo subdesarrollado. Una Europa que respete la legalidad internacional, que coordine sus actuaciones en los foros internacionales y que aporte ideas a la reforma de las organizaciones universales.

Una Europa que no pretenda convertirse en un súper Estado, ni en un solo país, o una sola nación sino en una Federación de estados nacionales desde el respeto a las diversas naciones que la componen.

Esa es la Europa en la que muchos soñamos, como soñaron Erasmo y el segoviano Dr. Laguna, Schuman, Monnet y Madariaga, y también los galardonados con el Premio Carlos V cuyos testimonios están aquí recogidos, una Europa que seguirá siempre abierta porque lo propio de Europa es seguir siendo una construcción inacabada movida por una constante insatisfacción.

Aunque bueno es recordar también, sobre todo cuando algunos se sienten invadidos por el pesimismo, el avance inmenso que se ha logrado a lo largo de estos cincuenta años.

Hace unos días el presidente del Colegio de Europa de Brujas, Iñigo Méndez de Vigo, recordaba en un acto público que los padres fundadores nunca pudieron soñar el avance que se ha logrado en la construcción europea. Y tiene razón. Pero nuestra obligación es la de seguir avanzando a pesar de las dificultades, de los prejuicios, de los nacionalismos que recelan del poder otorgado a las Instituciones.

Cambiemos lo que sea necesario, participemos como ciudadanos en el quehacer europeo, y recuperemos la confianza en que éste es el único proyecto que garantiza la paz, la seguridad, el progreso y el bienestar, y el que salvaguarda los valores europeos que son el sustrato en el que se asienta todo el proceso de integración.

Si así lo hacemos convertimos a Europa en el principal motor para llevar a cabo una globalización de rostro humano y reconstruir un orden moral. Contribuir a la igualdad de oportunidades para todos los pueblos, luchar contra el hambre, contra la falta de asistencia sanitaria, contra las desigualdades en el acceso a la educación, y la defensa a ultranza del Estado de derecho, en el ejercicio de la libertad para decidir y emprender en el respeto de la ley, la democracia parlamentaria y la dignidad de la persona humana. Esa es para mí la nueva frontera de la Gran Europa.

Y me complace mucho evocarlo aquí, en esta Real Academia que viene dedicando años a estos problemas, con ocasión de este espléndido libro de la Fundación Academia Europea de Yuste en presencia de la Consejera de la Junta de Extremadura, a la que tan reconocidos estamos cuantos colaboramos con la Fundación, y con la gratitud a todos ustedes por su asistencia.